No obstánte que el autor de esta humilde produccion, està convencido de que ella no es digna de que se vea á la luz pública; tanto por que el estado de su salud, las circunstancias particulares en que està, y el poco tiempo de que pudo disponer para meditarla (pues se concluyó pocos momentos antes de que la pronunciára) la hace, que esté llena de defectos; sin embargo querien do dar una prubea de deferencia á las indicaciones repetidísimas de sus amigos, y deceando manifestarles cuanta influencia tiene en él la amistad con que lo honran, la dà á la imprenta con toda la deformidad con que fué concebida.

POESIA LYRICA.

LA GLORIA

DE LAS

LETRAS.

Grato es al alma recorrer ansiosa
Del héroe las acciones inmortales,
Y aun entre augustas ruinas
Descubrir las memorias eternales
De una nacion antigua y poderosa.
Las dotes peregrinas,
Que ostenta del pastor el alma pura,
Tambien infunden plácida ternura
En el canto sentido,
En la süave armonía
Del númen entre todos escogido,
Para ceñirse la inmortal diadema
Con que á sus genios brinda la Poesía.

Pero á mayor alteza
Puede elevarse de la gloria el canto,
Al contemplar la mágica presteza,
El inefable encanto
De aqueste noble y atrevido vuelo,
Con que el alma impaciente
Hace girar, á par que el pensamiento,
El augusto designio, el sentimiento
Que allá se asconde en su region oscura.
Cuando agitada sin cesar, la mente
Repasa inquieta el perennal tesoro,
Y á distribuirlo grata se apresura,
¡La inefable ventura,
No comparable al oro,
Quién como es justo encarecer podria
De aqueste privilegio esclarecido,
Que á solo el hombre fuera concedido,
Entre los seres que la tierra cria?
De la palabra el noble poderío,
La fuerza irresistible,
Del tiempo y la distancia vencedora,
Sujeta del talento el noble brio,
Sus inmensos recursos atesora.
Igualmente accesible
Del rústico á la mente oscurecida,
Que al talento preclaro,
Pródiga esparce, noble distribuye
El depósito caro,
Que á saborear convida
Un deleite entre todos el primero,
El de arribar, por el feliz sendero
Que al templo nos conduce,
De la verdad y la virtud asiento,

A la fuente perenne donde fluye
El manantial querido
De almo reposo y celestial contento.
El espléndido apénas en la mente
Rayo de la verdad, cándido luce,
De noble ardor y de entusiasmo lleno,
El hallazgo eminente,
Que á recoger las flores nos conduce
Que ornan el alma, ya revela el sabio,
De envidia ruin y miserable ageno.
Desplégase su labio,
Deja salir el noble pensamiento,
Que por la voz humana propagado,
Mas rápido que el viento,
Gira de polo á polo,
En su alma luz el Universo inunda,
El caos anima y el sepulcro helado.
¡Pero qué! ¿de sus triufos este solo
De la celebridad la voz fecunda,
La admiracion arroba y enagena?
¡Ay! que tambien del tiempo el curso altivo,
Que arrasa los imperios y naciones,
Humilla con su genio soberano.
Es de Nemésis el empeño vano
De cubrir con su niebla el rayo vivo
De esta gloria inmortal que en su carrera
Pasa ilustrando mil generaciones.
¿Quién ¡oh palabra! encarecer pudiera
Tu noble orígen, tu riqueza tanta,
El mágico poder que nos encanta,
Adurmiendo en el pecho por ventura
Del intenso penar los ayes crueles?
Tu historia es la del mundo, tus laureles

Los que realzan del genio la hermosura;
Tuyo es de la elocuencia triunfadora
El poder inmortal, tuyo el divino,
El grato acento del feliz poeta,
Y del saber la fama voladora:
Por tí, de la razon al sacro imperio
De indómitas pasiones amagado,
La humana especie el pensador sujeta.
El preciado criterio
Del gusto precursor, y del destino
Arbitro excelso que la gloria fija,
Sumiso reconoce tu primado.
A tí ¡oh palabra! sometido veo
Cuanto en su admiracion consagra el hombre,
Sin que viendo tu orígen, ya me asombre
El descubrir en tu recinto augusto
De mil y y mil victorias el trofeo.
Deja pues á mi vista, que te siga
En tu veloz y espléndida carrera,
Y que mi torpe lengua, la manera
Con que realzas el genio al mundo diga.

II.

En la tumba comun se precipitan
Pueblos y pueblos con violencia rara;
Mas no en el polvo su frescor marchitan
Esos laureles que la frente ciñen
De aquel que de la ciencia conquistara
Los bellos triunfos, ni del noble artista,
Atrevido rival de la natura,
Que usurpa sus encantos, y vehemente
Al cielo encumbra su inmortal conquista.

Ni se eclipsa un instante la hermosura
De esos cuadros, emblemas de la gloria,
Que para bien de las futuras gentes,
El pincel de la historia
Traza al fulgor de ilustres desengaños.
¿No sentís, no sentís como retiñen,
Cual el trueno que cruza las lucientes
Esferas del sublime firmamento,
Los nobles ecos de la grande Atenas
Sobre el fiero torrente de los años?

Al recorrer las comarcas
Bellas de la Grecia antigua,
Se alza el eco que atestigua
Glorias que no morirán.
Entre mil ruinas desechas
Que ponen miedo en el alma,
Creese columbrar la palma
Y la corona triunfal.
Al silencio misterioso,
Triste encanto del desierto,
Al cruzar del rayo muerto
El eclipsado fulgor,
En noble ademan y augusto,
Que el pecho turba y asombra,
Parece girar la sombra
De cada ilustre escritor.
Y es que el alma del viajero
Sublimes inspiraciones,
Al repasar las lecciones
De aquel ínclito saber,

Siente llegar presurosas,
Siente agolparse, tan presto
Como descubre algun resto
De un imperio que ya fué.
De ideas, en tropel confuso,
De imágenes peregrinas
Mira pobladas las ruinas:
El desierto se acabó.
Renueva el eco al instante
En su inquieta fantasía
La inefable melodía
Que un tiempo allí resonó.
Desde el sencillo Hesïodo
Hasta el eminente Homero,
Un homenaje sincero
Se aprestan á recibir
Cuantos el bello dialecto
De la Musas cultivaron,
Cuantos la patria ilustraron
Con una diccion feliz.
Si aun del soberbio Filipo
Aquí el nombre se menciona,
Es la fama que pregona
La gloria de su rival:
Rival que con la palabra,
No con el temido acero,
Al indómito guerrero
Lograra en Grecia humillar.

III.

¿Y qué diré del reino poderoso
Que la lisonja en su delirio insano
Al corazon del César ambicioso

El límite retira,
Donde confuso mira
Su precario poder todo tirano?
¿Donde el poder está, dó la victoria
Universal, que de ese antiguo imperio
Hiciera tributarios á los Reyes?
¿Quién su altanera voz sumiso escucha?
¿Quién acata sus leyes?
En el desierto campo, donde apénas
Melancólico asoma
Este resto y aquel, un monumento
Que al parecer aun por salvarse lucha
Del naufragio comun de las edades,
El reino que perece,
No la eterna ciudad piuta al viagero.
Dominas es verdad, ínclita Roma,
Las memorias futuras;
Mas en vano procuras
Atraer la compasion á tus revezes,
De humillacion las hezes
Merced á tus delitos apuraste,
Y ni un derecho solo reservaste
Al corazon de las futuras gentes.
Los golpes reiterados y vehementes
Que sobre tí descarga el cruel destino,
Recuerdan asombradas; mas no es parte
La inmensa pesadumbre,
Con que desciendes desde la alta cumbre
De tu antigua grandeza,
A excitar la terneza
De una posteridad recta y severa,
Que la gloria reparte
Donde á su vista la verdad sincera

Y la virtud su augusta faz asoma.
No son pues los recuerdos
De tu poder temido,
Ni las fieras conquistas
De un pueblo enfurecido,
Ménos aun el orígen mancillado
Que al rango te elevó de las naciones,
El *por qué* del honor, que ahora recibes.
Por mas que te revistas
ya del bélico arnés, ó ya de regia
Púrpura bella recamada de oro,
No encubres tu desdoro,
Libre de execracion y de mancilla.
¿Qué vale la estrategia,
En daño de los pueblos convertida,
Qué la espada lucida
Del valeroso y perspicaz caudillo,
Si su cadena la garganta oprime
De una nacion que la ira no provoca;
Si yerma y tala dó su planta toca,
Y bajo el férreo brazo el mundo gime?
Mas tus enormes crímenes el brillo
Nunca ofuscar conseguirán del genio:
El te salvó de la postrera ruina
Con el habla divina,
Que cultivaron tus ilustres hombres:
No, pues, aun hoi de columbrar te asombres
De las edades en el mar inmenso
Esa nube de incienso
Que aquí y allá se quema en tu memoria.
¿Donde buscar tu gloria,
Si los bosques del Túsculo famosos
Y la inclita tribuna,

Alto y sublime ornato de tu foro,
No atrajesen el culto apasionado
Del Orador filósofo, del sabio
Que al resonar de su elocuente labio,
Desconcierta el furor de Catilina,
Restituye su honor á la inocencia,
O en favor del ilustre desterrado
Del grande César la clemencia inclina?
Eres pátria de un Tácito profundo,
Y Livio respiró tu aire apacible:
Los járdines del Tívoli famoso
Que habitaba el amigo de Mecénas,
Dó disipaba del vivir las penas,
Y el arte bosquejó de ser dichoso,
Tuyos eran tambien: tu fértil suelo,
Tu hermoso clima, tu apacible cielo,
Infundió melancólica ternura,
Grato interes y sin igual dulzura
Al cantor de Titiro y Melibeo,
De Euridice y Orfeo:
Al que la inmensa pesadumbre canta
Del Príncipe troyano,
Que deja triste de la patria muerta
La ribera querida,
Y se lanza en los brazos del destino,
Hasta que al fin de su carrera incierta,
En el campo latino
Nuevo trono levanta,
Y la estirpe consagra esclarecida,
Que alimenta el orgullo del romano.

IV.

Como reina destronada,
En un desierto tendida,
Sin alientos y sin vida,
Yace la eterna ciudad.
Mas un renuevo felize,
Junto á su tumba descuella,
Que como fúlgida estrella
Sobre el orbe brillará.
Allí de las nobles artes,
Magnífica pompa brilla,
No la bárbara cuchilla,
Timbre del cruel adalid.
Reina por el pensamiento
Sobre el ingenio preclaro,
Como el eminente faro
Del Oceano en el confin.
Si en sus pacíficos muros
Suenan cánticos guerreros,
Si aun reluzen los aceros
Esgrimidos en tropel:
Un afecto religioso
Preside al noble combate,
No es la victoria que abate,
No es el inicuo reves.
Corona rica, preciada,
Jamas en el orbe vista,
Godofre ilustre conquista
En los muros de Salem;
Y el espléndido heroismo,
De cristianos campeones
Sobre las nuevas naciones

Empieza á resplandecer.
Del poeta el antiguo genio
Se encumbra á mayor altura:
Una voz excelsa y pura
En los pueblos se hace oir:
La voz que al mundo somete
A la cristiana elocuencia,
Que sacude la conciencia
Desde que se hace sentir.
A la incógnita ribera
Del inaccesible mundo
Desciende el triple y fecundo
Genio del Dante inmortal.
Del erguido y solitario
Cipres que la tumba cuida,
La corona suspendida
Del Tasso infeliz verás.
Entre los nombres augustos
De esa ilustre galería,
Ornato del Mediodía,
Timbre de la Roma de hoi,
Petrarca noble levanta
Su faz marchita y nublada;
Mas de gloria circundada,
Premio de su inspiracion.
Como el Iris que en el cielo
Dibuja su frente bella,
Como la cándida estrella
Que esmalta el etéreo azul,
Tal el númen del Ariosto
Las gracias de la poesía,
Vierte y el mas bello dia
Hace brillar con su luz.

V.

Mas de Alfieri, de Casti, de Godolni,
De Silvio y Metastacio el grato suelo
Mi admiracion ya deja, y á otro sitio
Levanta el vuelo.

Aquellas que del Rhin miro tendidas
Cultas naciones por la márgen bella,
Y en la verde espesura se sumergen
De sus florestas:

Las ilustres comarcas que el Danubio
Con sus fecundas aguas fertiliza,
Tambien con el renombre de sus genios
Al alma invitan.

De entusiasmo y placer en los trasportes
¿A quién no arroba de Gesner el canto,
Cuando al pastor de la Germania pinta
Y al fiel rebaño?

Criador universal, de Goethe el genio
Su patria eleva á la mayor altura,
Cuando la mágia bella que cautiva
Presta á su pluma.

¿Y que diré de tí, sublime vate,
Que desdeñando el ámbito mezquino,
De la alma inspiracion sobre las alas
Te alzas erguido?

En regio trono, con el Mago admiras,
De Belen el establo trasformado,
En el Gólgota posas, fiel seguro
Del hombre ingrato.

La excelsa magestad, la voz divina
Del hombre Dios, y el beneficio inmenso
Vuelve á los cielos de tu Musa el canto,
Como el incienso.

Del Támesis el bardo melancólico
La pérdida te pinta incomparable;
Tu alma penetra de dolor acerbo,
Tu pecho abate.

Mas del tiempo traspones la carrera,
Y pintas el momento suspirado
En que otra vez dibújase en el éter
El Iris claro.

VI.

Mas no aquí de las letras el triunfo
Ya detiene su noble carrera:
Como el astro mayor de la esfera,
Se verá por el mundo girar.
Al través de los tristes vapores
Que la brisa del norte encadenan,
De la lira el encanto enagenan
Y de gloria la luz inmortal.
Desde Milton que ostenta la cuna
El orígen fatal del estrago,
Que á los pueblos y reyes amago
Pone siempre inflexible do quier,
Hasta Biron que en hiel denegrida
El sublime pincel empapara,
¿Quién los hombres ilustres contara
Que orgulloso nos muestra el inglés?